



hermes

SAF

HISTORIA

Este año 2011 se celebra el centenario de lo que es hoy en día el sindicato mayoritario en el País Vasco, Eusko Langileen Alkartasuna, y qué mejor momento para aclarar algunas de las cuestiones que siguen pendientes acerca de la historia de tan importante sujeto político-social. En particular, con esta breve contribución queremos aportar algunas reflexiones sobre la relación entre ELA y el Partido Nacionalista Vasco, a partir de la fundación del sindicato, en junio de 1911, hasta el estallido de la guerra civil, en julio de 1936, analizando más detenidamente el periodo republicano que ha constituido un importante momento de discontinuidad en la historia de la central solidaria.

ELA Y PNV. UNA RELACIÓN EN ABSOLUTO BANAL.

1911-1936

DARIO ANSEL

La interpretación clásica, ya muy extendida entre los observadores contemporáneos y que tuvo muchos seguidores entre los adversarios políticos y sindicales de ELA, ha contribuido a resaltar la dependencia política y organizativa del sindicato convertido en instrumento político dirigido a fortalecer el poder de penetración social y electoral del PNV y del movimiento nacionalista vasco en general. Esta interpretación, que una parte de la literatura, aunque con los debidos matices, ha asumido, parece demasiado ligada a la imagen originaria de SOV y denota la carencia de una problematización de la historia de ELA durante los decenios posteriores, y con contadas excepciones, entre los que destacamos los importantes estudios de Ludger Mees¹, un escaso interés hacia la evolución ideológica, programática y organizativa de SOV durante los primeros años veinte y sobre todo en el quin-

DARIO ANSEL

UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI BARI ALDO MORO

queno republicano. El intento de este breve escrito es precisamente el de debatir esta interpretación, a nuestro parecer bastante acrítica. No queremos confutar el innegable soporte electoral que el sindicato y las bases solidarias otorgaron al partido; sin embargo, creemos oportuno considerar que cualquier tentativa de estudiar las relaciones entre PNV y ELA deba tener en cuenta también el punto de vista solidario y sobre todo el autónomo desarrollo de una organización que actuó en muchos casos al margen de las indicaciones del supuesto partido de referencia.

Es cierto que en los orígenes de Solidaridad de Obreros Vascos nos encontramos con un protagonismo absoluto del PNV —esencialmente a través de la *comisión regional de acción social* del partido— y de la Juventud Vasca de Bilbao que lanzaron el proyecto sindical resucitando una propuesta avanzada en 1897 por el propio Sabino Arana². La historiografía³ ha estudiado con amplitud la fase inicial de desarrollo del sindicalismo nacionalista identificando las razones que conllevaron a la realización del proyecto. La fundación oficial de Solidaridad de Obreros Vascos tuvo lugar en Bilbao el 23 de julio de 1911, después de que una asamblea de los primeros socios hubiese aprobado los estatutos de la nueva organización un mes y medio antes, el día 11 de junio⁴. La nueva central sindical que contaba con apenas 178 socios, siendo elegido presidente Luis de Jaureguibeitia, nació como organización eminentemente bilbaína y estrechamente vinculada al PNV, pese a que a nivel reglamentario estuviese garantizada su absoluta autonomía formal.

En este sentido, hay que tener en cuenta que el lanzamiento del proyecto sindical tuvo unos concretos objetivos políticos que hay que relacionar con la peculiar coyuntura política y social del

periodo. El originario sindicalismo nacionalista estuvo, por ende, directamente influido por la función social que el nacionalismo político vasco quiso otorgarle. De esta manera, SOV no estaba únicamente vinculada al PNV por importantes lazos ideológicos como el nacionalismo de matriz aranista y el catolicismo social, sino también en el más concreto plano práctico, lo que contribuyó a marcar y orientar la conformación del originario modelo sindical solidario. Un modelo moderado y pactista que abogaba por la construcción de un marco de relaciones laborales armónicas y que rechazaba firmemente la lucha de clases y sus principales manifestaciones, es decir la huelga y el conflicto social. Resaltaba, por ende, la función antisocialista y anticonflictiva del nuevo sindicato, convertido, según los planes de un PNV a la sazón dominado por los intereses del nacionalismo burgués sotista, en un baluarte contra la progresiva difusión del socialismo y para la defensa de una idealizada sociedad vasca tradicional. Los conflictos laborales de 1906 y sobre todo la huelga minera de 1910 debieron de extender, entre amplios sectores peneuvistas, la percepción de un peligro inminente, de una catástrofe social y política acarreada por el avance marxista. El PNV, como partido de orden, encontró en la creación de un sindicato la solución ideal para desactivar el conflicto y contrastar la expansión del socialismo entre la clase obrera vasca, hasta aquel momento, como ya Arana había amonestado más de una década antes⁵, bastante reacia al mensaje nacionalista.

Precisamente, esta segunda indicación sabianiana fue el segundo objetivo de la estrategia *jelkide* a la hora de organizar SOV. A pesar de la caracterización burguesa del partido, el nacionalismo vasco era portador de una ideología totalizante cuya aspiración era la conquista de todos los medios sociales en un proyecto transversal e interclasista.

El originario modelo sindical solidario era un modelo moderado y pactista que abogaba por la construcción de un marco de relaciones laborales armónicas y que rechazaba firmemente la lucha de clases y sus principales manifestaciones, es decir la huelga y el conflicto social

Nada debía escapar a la propaganda jeltkide y además era necesario ampliar la base de los apoyos populares al movimiento; originariamente el nacionalismo aranista, a pesar de que la propaganda celebrase continuamente el carácter popular del movimiento, había cuajado únicamente entre los sectores sociales pequeño-burgueses logrando además hacerse con el sostén directo, desde 1898, del grupo foralista de los ex-euskalerrriacos ligado al gran capital no monopolista vizcaíno y en concreto al naviero Ramón de la Sota y Llano. Por eso, la conquista de la clase obrera industrial, al lado del campesinado tradicional (los baserritarras)⁶, se convertía en la *conditio sine qua non* que habría permitido la transformación del nacionalismo vasco en un verdadero movimiento de masas dotado de un concreto apoyo popular⁷. Éste fue precisamente uno de los objetivos, muy ambiciosos, que el PNV encomendó al naciente sindicato solidario⁸. Aunque con los debidos matices y sin alguna planificación previa, el nacionalismo vasco siguió en la construcción del sindicalismo solidario un modelo muy similar al social-demócrata, y luego también comunista, del sindicato como *correa de transmisión* del partido cuyo axioma principal fue la supeditación de lo social a lo político, ámbito este último que en el caso nacionalista estaba estrechamente ligado al marco ideológico. Según este modelo, el eje vertebrador y la cabeza del movimiento era el partido que se apoyaba en su estrategia expansiva en una serie de organizaciones colaterales capaces de propagar una ideología y un sistema de creencias compartidas y de socializar con mayor eficacia el mensaje común a través de un proceso de movilización política que garantizaba la cohesión interna de un movimiento —en el caso del nacionalismo vasco— socialmente heterogéneo⁹.

En esta fase, la endeblez de SOV, así como la fuerte vinculación entre partido y sindicato, favorecieron la afirmación del proyecto político jeltkide sin que hubiese objeción alguna en el seno de la organización solidaria. Pero, como ha advertido Ludger Mees¹⁰, esta correlación de fuerzas ya empezó a ser cuestionada entre finales de los años diez y primeros años

A partir de 1919, en algunos medios solidarios, hasta se llegó a hablar de *nacionalismo obrero* y a cuestionar el nacionalismo filo-burgués y teóricamente interclasista propugnado por Compañía. Se trató de una corriente minoritaria que sin embargo dejó en claro la existencia en el seno de SOV de unas posturas heterodoxas que cuestionaban la relación entre partido y sindicato y hasta intentaban llevar a cabo una evolución de la ideología tradicional.

veinte. En esta fase, después de que SOV hubiese acatado la línea contrarrevolucionaria apoyada por el nacionalismo político con ocasión de la huelga de 1917, surgieron las primeras fisuras en la *entente cordiale* entre partido y sindicato, motivadas por la crítica abierta y el rechazo por parte de algunos sectores solidarios, secundados por la Juventud Vasca de Bilbao, de la política filo-burguesa de la Compañía Nacionalista Vasca¹¹. Se trató del primer ataque directo en contra de la línea interclasista del partido y de su supuesto neutralismo social, postura que el nacionalismo político, a pesar de las críticas internas, nunca abandonó durante los años siguientes, ni siquiera en los años treinta. A partir de 1919, en algunos medios solidarios, hasta se llegó a hablar de *nacionalismo obrero* y a cuestionar el nacionalismo filo-burgués y teóricamente interclasista propugnado por Compañía. Se trató de una corriente minoritaria que sin embargo dejó en claro la existencia en el seno de SOV de unas posturas heterodoxas que cuestionaban la relación entre partido y sindicato y hasta intentaban llevar a cabo una evolución de la ideología tradicional.

Por primera vez, aparecía con evidencia un tema central en la posterior evolución solidaria, es decir, la necesidad de compaginar la identidad nacional tradicional que vinculaba la organización a la comunidad nacionalista vasca y la identidad de clase derivada de la propia naturaleza sindical de SOV. Si anteriormente el nacionalismo

interclasista jekide había marcado el peculiar modelo sindical solidario, la aparición de la clase como fuente identitaria complementaria y alternativa dejaba en claro la exigencia de un ajustamiento ideológico y de un cambio de estrategia. ¿Cómo compaginar a nivel teórico, y también en la propia praxis sindical, conciencia nacional y conciencia de clase? Los sectores solidarios que ya durante los años veinte habían percibido esta cuestión encontraron en la construcción de un nacionalismo obrero alternativo la posible solución capaz de superar el principal obstáculo entre las dos formas identitarias, es decir el interclasismo que informaba el nacionalismo tradicional. Por lo dicho, se trató sin embargo de una opción minoritaria que no fue capaz de modificar la línea oficial del sindicato.

Además, la instauración de la dictadura primorriverista en 1923¹² truncó este proceso y hubo que esperar al régimen republicano para que algunas de las cuestiones que habían sido objeto de debate interno en los primeros años veinte volvieran a recobrar centralidad entre dirigentes y militantes solidarios.

A lo largo del primer bienio republicano una de las principales incumbencias de la cúpula directiva solidaria fue la de gobernar el impetuoso crecimiento de la afiliación y coordinar la creación de nuevas agrupaciones a lo largo de todo el territorio vasco. Durante los años diez y veinte los parciales éxitos del sindicato se habían dado únicamente en Bizkaia y la represión sindical que caracterizó los primeros años de la dictadura primorriverista determinó la casi total desaparición de las pocas agrupaciones que se habían implantado fuera de esta provincia. Con el advenimiento del nuevo régimen republicano, SOV logró expandir su radio de acción a las demás provincias, sobre todo en Gipuzkoa donde se convirtió rápidamente en la principal central sindical superando, por lo que concierne al grado de implantación y al número de afiliados, a la propia UGT. Más lenta fue la expansión en las dos provincias del interior, escasamente industrializadas, y social y políticamente más desmovilizadas respecto a Bizkaia y Gipuzkoa. A pesar de un medio social

poco favorable, en Araba SOV logró implantarse como primer sindicato con más de tres mil afiliados, y en Nafarroa a finales del quinquenio republicano podía contar con una presencia no desdeñable sobre todo en los centros más vasquizados, mientras no logró romper la hegemonía socialista en la Ribera, comarca rural más castellanizada y fuertemente proletarizada. Al lado del esfuerzo organizativo que se acompañó de una importante acción de propaganda, la estrategia solidaria fue dirigida a ajustar su línea sindical a los nuevos desafíos y a las nuevas oportunidades que impuso el cambio de régimen y la democratización política y social que se abrió al compás de la nueva legislación

Sin embargo, al lado de la reforma organizativa, acaso la más evidente manifestación de la *evolución sindicalista* solidaria fue el importante proceso de radicalización experimentado sobre todo a partir de 1934, que modificó la estrategia y la praxis sindicales tradicionales centradas en una línea de acentuada moderación pactista y de rechazo de la lucha de clases y de la huelga. De esta manera, el modelo sindical, a pesar de cierta continuidad ideológica y programática, mutó no sólo a nivel formal, sino también, más hondamente, en el plano de la praxis.

laboral promulgada por el gobierno de la coalición republicano-socialista. Finalmente, otra cuestión que marcó la agenda política solidaria fue la crisis económica y la caída de la ocupación, un factor que a la par del cambio de régimen, contribuyó a modificar la línea sindical tradicional solidaria cuyos efectos bien pueden observarse durante la segunda mitad del quinquenio republicano.

En otra ocasión nos hemos ocupado detenidamente de la *evolución sindicalista* de SOV¹³, un proceso cuyo arranque simbólico fue el segundo congreso solidario, celebrado en Gasteiz entre el 29 de abril y el 1° de mayo de 1933. A nivel formal se procedió a una reorganización interna que su-



puso una renovación del antiguo modelo sindical basado en el oficio. En su lugar, la creación de las federaciones de industria y la consiguiente reestructuración de las antiguas Agrupaciones de Obreros Vascos que se transformaron en federaciones locales integradas por las secciones de industria, contribuyó a modernizar el modelo sindical solidario en el sentido de una mayor eficiencia interna y de una mayor coordinación decisoria en pos de un proceso de centralización. No es éste el lugar adecuado para analizar las razones de este cambio, cómo y cuándo se llevó a cabo esta reestructuración y las dificultades encontradas por los dirigentes solidarios. Lo que vamos a resaltar es el intento por parte de los cuadros sindicales de proceder a una modernización y racionalización del sindicato para poder responder con más eficiencia a la nueva coyuntura política, social y económica del periodo, y para gobernar eficazmente la impetuosa expansión iniciada durante los años anteriores.

Sin embargo, al lado de la reforma organizativa, acaso la más evidente manifestación de la *evolución sindicalista* solidaria fue el importante proceso de radicalización experimentado sobre todo a partir de 1934, que modificó la estrategia y la praxis sindicales tradicionales centradas en una línea de acentuada moderación pactista y de rechazo de la lucha de clases y de la huelga. De esta manera, el modelo sindical, a pesar de cierta continuidad ideológica y programática, mutó no sólo a nivel formal, sino también, más hondamente, en el plano de la praxis.

Las señas más claras de esta nueva estrategia fueron, a nuestro entender, la evolución del lenguaje sindical, progresivamente marcado por unas acentuadas pautas anticapitalistas y clasistas, y por otro lado la decidida aceptación de un marco de relaciones laborales conflictivo y por ende el siempre más frecuente recurso a la huelga como instrumento reivindicativo. En un volumen nuestro,

de próxima publicación por la Fundación Robles Aránguiz, dedicado a la historia de ELA durante la Segunda República, hemos procedido a analizar detenidamente la evolución de la conflictividad solidaria durante el periodo y puede apreciarse con evidencia el claro compromiso del sindicato, y sobre todo de la militancia de base, con las luchas laborales promovidas durante 1934 y en particular entre finales de 1935 y 1936, cuando además se realizó una provechosa convergencia intersindical en todo el País Vasco.

A nuestro parecer, al lado de los importantes condicionantes coyunturales – democratización republicana, auge del obrerismo, acentuada polarización política sobre todo después de la huelga de octubre de 1934, posterior victoria del Frente Popular en febrero de 1936, etc. – este proceso de radicalización de las bases y también de importantes sectores directivos solidarios se debió principalmente a una evolución interna enmarcada en el proceso de proletarianización de la militancia y en el progresivo fortalecimiento de una idiosincrasia sindical pura centrada en una firme identidad de clase.

Si la clase representa el prisma a través del cual hay que mirar la *evolución sindicalista* solidaria, la relación entre clase y nación proporciona el instrumento con el que hay que estudiar la verdadera naturaleza de la relación entre ELA y PNV durante el quinquenio republicano.

Después de este escurto *excursus* volvemos a la cuestión central. Si la clase representa el prisma a través del cual hay que mirar la *evolución sindicalista* solidaria, la relación entre clase y nación proporciona el instrumento con el que hay que estudiar la verdadera naturaleza de la relación entre ELA y PNV durante el quinquenio republicano.

Ya dijimos anteriormente que en los inmediatos años que precedieron a la dictadura pronombrerista algunos sectores solidarios cuestionaron el nacionalismo comunionista llegando a proponer un nacionalismo alternativo de cariz obrerista. Se trataba de un intento de compaginar las dos identidades que marcaban la idiosincrasia de SOV, la nacional originaria y la clasista-sindical. A nuestro entender, la *evolución sindicalista* republicana constituyó la culminación de estas aspiraciones

La modificación del modelo sindical en pos de un reconocimiento de la incompatibilidad de los intereses de la clase obrera y de la clase patronal, en otras palabras de la vigencia de la lucha de clases, determinó el cuestionamiento del nacionalismo interclasista por el que seguía apostando el PNV y favoreció el surgimiento de una identidad nacional alternativa a la canónica.

aunque, hay que subrayarlo, ELA nunca llegó a cuestionar a nivel formal el cuadro ideológico originario de referencia así como su firme vocación nacionalista. Sin embargo, asimismo es evidente que la manifestación más contundente de dicha evolución fue precisamente el progresivo fortalecimiento de la identidad de clase, lo que determinó la inicial atenuación y la posterior reelaboración de la identidad nacionalista y vasquista en un sentido más obrerista y por tanto mayormente en sintonía con la función sindical propia de la organización solidaria. La modificación del modelo sindical en pos de un reconocimiento de la incompatibilidad de los intereses de la clase obrera y de la clase patronal, en otras palabras de la

vigencia de la lucha de clases, determinó el cuestionamiento del nacionalismo interclasista por el que seguía apostando el PNV y favoreció el surgimiento de una identidad nacional alternativa a la canónica. La clase contribuyó, por un lado, a debilitar los vínculos entre sindicato y partido en cuanto ponía en claro la dificultad de compaginar en un proyecto político común los intereses contrapuestos de la clase obrera vasca y de la burguesía empresarial que apoyaba el movimiento nacionalista (hacia la cual creció la hostilidad de las bases solidarias); por otro lado, por ser una identidad horizontal, la clase alimentó un nacionalismo más incluyente en cuanto alargó las mallas de una identidad que ya no se forjaba sobre cimientos raciales,

sino sobre bases voluntaristas. De esta manera ELA abrió las puertas de la organización también a los trabajadores no vascos, suprimiendo la antigua norma sobre apellidos que al contrario el partido siguió empleando¹⁵.

Para dejar constancia con un ejemplo directo de cómo la radicalización clasista, la reformulación de la identidad nacionalista y el ataque directo al nacionalismo peneuvista filo-burgués fueron fenómenos interconectados, recopilamos una cita de 1934 de Pelayo Azcona, uno de los principales animadores de la Juventud Solidaria de San Sebastián¹⁶:

Trabajadores marxistas, no nos pondremos frente a vosotros, que estáis ligados a nosotros por el lazo estrecho del trabajo, sino contra nuestros hermanos de religión y de raza, contra quien tiene la desfachatez y la poca vergüenza (tengo nombres) de sojuzgar hasta lo infinito al trabajador solidario. Venga patriotismo, hay ansias de patriotismo, del verdadero, del que impone sacrificios, del abnegado, ese es el patriotismo que queremos los trabajadores de Euzkadi, no más farsas, que nace nuestra juventud para aherrojar y cortar de raíz tanto sarcasmo. ¿Sois católicos? ¿Sois patriotas? Demostrádnoslo, que hay hambre en nuestra patria¹⁷.

Este proceso contribuyó a acentuar el carácter independiente del sindicato respecto al partido, lo que nos lleva a cuestionar la interpretación clásica que se ha dado de la relación entre ELA y PNV y a la que nos referimos al principio del texto. Quede claro que no queremos confutar el alto grado de vinculación existente entre las dos organizaciones y que las mutuas relaciones fueron marcadas por una asidua colaboración. Sin embargo, al mismo tiempo es evidente la preocupación por parte del sindicato de lograr un mayor nivel de autonomía en todos los ámbitos de actuación, desde el económico-financiero hasta el político y sindical, paso necesario para la construcción de un sujeto independiente.

Pero, más allá de la propaganda de los adversarios de ELA, vamos a ver en qué se ha sustentado la tesis de la dependencia solidaria con respecto al PNV y de cómo esta tesis falla a la hora de ser aplicada al quinquenio republicano y de modo particular a la segunda mitad de dicho periodo.

Un primer dato que la propia historiografía ha resaltado es la cercanía ideológica y en algunos casos incluso programática entre partido y sindicato. Ya recordamos que en los orígenes de SOV tuvo un notable protagonismo el PNV. Éste transfirió buena parte de su bagaje doctrinario al nuevo sindicato contribuyendo en la definición del primer modelo sindical solidario. Por ende, los dos pilares sobre los cuales se apoyaba el entramado ideológico de SOV fueron la doctrina social cristiana y el nacionalismo de matriz aranista. Ambos orientaron la originaria línea sindical solidaria en un sentido de moderación reivindicativa y de respeto de la supuesta tradición social vasca. Las palabras de orden fueron armonía y paz social, rechazo de la lucha de clases y del socialismo en pos de un proyecto reformador de la sociedad a largo plazo en el que se entremezclaron algunos de los principios progresivos de matriz social-cristiana con los principios milenaristas propios de la ideología nacionalista vasca. En este último caso la dimensión política primaba sobre la social y económica en cuanto, según los dictámenes aranistas, la solución de la cuestión nacional pasaba a ser la panacea de todos los males acarreados por la modernidad entre los que estaba la propia cuestión social y obrera. En definitiva, según este esquema teórico, se trataba de proceder a una

No queremos confutar el alto grado de vinculación existente entre las dos organizaciones y que las mutuas relaciones fueron marcadas por una asidua colaboración. Sin embargo, al mismo tiempo es evidente la preocupación por parte del sindicato de lograr un mayor nivel de autonomía en todos los ámbitos de actuación, desde el económico-financiero hasta el político y sindical, paso necesario para la construcción de un sujeto independiente.

restauración de la sociedad vasca tradicional, entendida como una sociedad sin clases y marcada por un supuesto igualitarismo originario. A pesar de las razones de oportunidad práctica, el interclasismo propugnado por el PNV así como su neutralismo social se sustentaban teóricamente sobre esta visión.

En un plano práctico, influido por la doctrina social cristiana, el movimiento nacionalista vasco, en su doble vertiente política y sindical, formuló un programa de reformas sociales de máximos conocido como *propietarismo vasco*. Se trataba de la tercera vía católica-nacionalista entre capitalismo y socialismo, un programa reformador cuyo objetivo primario era proceder a corregir el sistema capitalista atacando el poder acumulado por el gran capital a través de la difusión de la pequeña propiedad y de la propiedad cooperativa para de paso favorecer un verdadero proceso de desproletarización del medio social obrero y campesino. De esta manera se habría solucionado, al menos teóricamente, la cuestión social y paralelamente se habría desactivado el conflicto social y mermado el poder del socialismo.

Este programa fue común al conjunto del movimiento nacionalista vasco. Sin embargo, es evidente que se trataba de una serie de aspiraciones a largo plazo. Para el PNV se trató de un programa de máximos, coherente con su marco ideológico, que representaba un importante soporte para seguir apostando por una vía interclasista y por una política antimonopolista sin que fueran cuestionadas la propiedad privada como pilar de la sociedad y el orden social como concreta aspiración política. Al contrario, para ELA el *propietarismo vasco* no se

limitaba a ser un marco ideológico, sino que se convirtió pronto en una pretensión inmediata de la acción sindical solidaria. Muchas de las medidas que conformaron el *propietarismo vasco*, tales como el salario variable, la participación de los trabajadores asalariados en los beneficios de las empresas, el accionariado obrero, y durante el quinquenio republicano hasta la cogestión, pasaron a ser reivindicaciones reales. El reformismo socio-económico solidario no se quedaba en el papel sino que daba contenido y coherencia a las reivindicaciones sindicales de ELA a lo largo del quinquenio republicano.

Además, y ése es acaso el aspecto más importante, al calor de la *evolución sindicalista*, la praxis progresivamente se impuso a la teoría, lo que fue vulnerando los resabios ideológicos y acentuando la ruptura con el interclasismo y el neutralismo social que seguía apoyando el PNV. De esta manera, a pesar del común bagaje doctrinario y programático, es evidente la diferente actitud adoptada por partido y sindicato, así como las hondas discrepancias sobre las derivaciones prácticas de unos mismos principios informadores.

Otra de las cuestiones que se ha resaltado a la hora de mostrar el alto grado de vinculación entre ELA y PNV ha sido el fenómeno de la doble afiliación. En este sentido, se trata de una afirmación que es muy difícil de comprobar aunque nosotros creemos que el fenómeno fue mucho menos frecuente de lo que se ha indicado. Es claro que había muchos militantes solidarios que se encontraban inscritos al PNV o, una situación aún más corriente, a un batzoki¹⁸, pero es dable suponer que al menos durante el quinquenio republicano la mayoría de los afiliados solidarios se conformase con la sola inscripción al sindicato¹⁹. Detrás de esta actitud, había razones materiales por los escasos recursos económicos individuales y familiares de muchos trabajadores solidarios, pero también motivaciones más ideológicas: una parte de los afiliados consideraba

Había muchos militantes solidarios que se encontraban inscritos al PNV o, una situación aún más corriente, a un batzoki, pero es dable suponer que al menos durante el quinquenio republicano la mayoría de los afiliados solidarios se conformase con la sola inscripción al sindicato.

ya suficiente la inscripción en las filas de ELA por ser ésta una organización que, aunque informalmente, era parte integrante de la comunidad nacionalista. Por otro lado, había otro sector, el más radicalizado y vinculado a una línea de sindicalismo puro, que se oponía a la orientación política peneuvista y que, por lo visto, hasta llegó a cuestionar el nacionalismo *jelkide*. El partido seguía apostando por una estrategia interclasista sin cuestionar el tradicional neutralismo social, que empezó a ser objeto de crítica incluso entre algunos sectores del propio PNV; esta postura chocaba con el progresivo fortalecimiento de la identidad de clase, al calor de la *evolución sindicalista* solidaria. Por esta razón ELA se convirtió en la única organización capaz de reflejar la doble identidad nacional y obrerista que correspondía a buena parte de los afiliados solidarios. Además el PNV no representó, durante el quinquenio republicano, la única oferta política nacionalista en Euskadi. Desde 1930 se había escindido Acción Nacionalista Vasca²⁰, un partido que a pesar de su reducida base social y su escaso apoyo electoral, absorbió, al menos en parte, la afiliación solidaria²¹. Asimismo, la propia existencia de ANV representó, a nuestro entender, un factor capaz de influir en las relaciones entre ELA y PNV, favoreciendo una postura políticamente más neutral y menos comprometida por parte del sindicato²². Por fin, hay que tener en cuenta que no nos consta, por la documentación consultada, que se instara públicamente a los afiliados solidarios a inscribirse en las filas del PNV, y que el apoyo dado por el sindicato al partido se limitó a sostener a las candidaturas peneuvistas en las varias campañas electorales del periodo.

En este sentido hay que subrayar que partido y sindicato no estaban interesados en crear vínculos permanentes entre las dos organizaciones. La documentación revela claramente que PNV y ELA, a nivel formal, procuraron conservar la más amplia autonomía con el

objetivo de no desvirtuar las correspondientes líneas políticas y los marcos identitarios de referencia. El punto de vista del partido era claro: seguir tutelando su orientación interclasista y no limitar el poder de atracción de ELA sobre los trabajadores vascos. Una línea, por lo visto, para nada nueva si tenemos en cuenta que la creación del sindicato se debió entre otras cosas a la necesidad de disponer de una organización políticamente neutral capaz de difundir el nacionalismo dentro de la clase obrera autóctona y de consolidar un bloque social y electoral estable que pudiese apoyar al PNV.

Análogamente, por las mismas razones, también ELA estaba interesada en conservar su autonomía formal y, como indicamos, en profundizar su independencia política, condición necesaria para adoptar una línea sindical pura y no condicionada por influencias extrañas. Este proceso que entra en la más amplia *evolución sindicalista* fue sin duda facilitado y acelerado por la transformación de ELA en un sindicato de masas fuertemente proletariado y que además logró, gracias al incremento de la afiliación, cierta solidez económica²³.

Por fin, volviendo a los supuestos lazos informales, se ha hecho hincapié en la existencia de dirigentes compartidos y en la inserción de candidatos solidarios en las listas del PNV. En ambos casos es necesario matizar la cuestión y avanzar algunas dudas al respecto. Es cierto que destacados miembros de ELA como el propio Manuel Robles Aránguiz o Heliodoro de la Torre fueron a la vez dirigentes del PNV y candidatos jelkides. Asimismo, por ejemplo, contamos entre los burukides vizcaínos con los solidarios José Orueta, Jesús Zabala y Rafael Mendiguren. Sin embargo, es más difícil cuantificar la difusión de esta práctica entre los cargos locales que fueron ampliamente renovados durante la segunda mitad del quinquenio republicano cuando surgió una nueva clase directiva de extracción obrera. Más evidente resulta la cuestión electoral. Al lado de los citados Robles Aránguiz y De la Torre, contamos con Jesús María de Leizaola, dirigente de

primer plano de Solidaridad de Empleados Vascos y destacado miembro y diputado jelkide. Eso poco o nada demuestra si no la voluntad por parte del PNV de aprovechar la fuerza de movilización solidaria. Así ocurrió con evidencia con ocasión de las elecciones de febrero de 1936 cuando en las listas del PNV fueron candidatos Julio de Jauregui, José María Lasarte, José María Izaurieta y José Antonio Irazusta. Sin embargo, no se puede propiamente hablar de una candidatura solidaria y obrera en cuanto los cuatro candidatos no eran formalmente solidarios, sino asesores externos del sindicato y encima de extracción social burguesa: había tres abogados y un economista.

Además de existir importantes diferencias ideológicas, que no encontraron sin embargo una sistematización definitiva durante los años treinta, en el terreno de la praxis las dos organizaciones se habían progresivamente alejado.

Estas observaciones no aspiran a confeccionar una versión definitiva sobre la verdadera naturaleza de la relación entre PNV y ELA, sino solo a matizar la cuestión mostrando que es equivocado seguir considerando el sindicato una organización dependiente del partido y una sencilla correa de transmisión al servicio de los intereses políticos y electorales jelkides. Está claro que además de existir importantes diferencias ideológicas, que no encontraron sin embargo una sistematización definitiva durante los años treinta, en el terreno de la praxis las dos organizaciones se habían progresivamente alejado.

Estas diferencias, a pesar de no dañar de modo permanente la relación entre ELA y PNV, que siguieron colaborando durante todo el periodo republicano, causaron, al calor de la *evolución sindicalista* solidaria, el surgir de importantes desavenencias. Recordamos las más notables que atañeron al control y la dirección de la página diaria *Labor Social* del periódico *Euzkadi*, órgano oficial del PNV, y la conocida cuestión AVASC. *Labor Social*, cuya publicación empezó en septiembre de 1932, representó una importante hoja

de servicio para el sindicato en cuanto publicaba las comunicaciones de las agrupaciones y de las federaciones en relación a convocatorias, mítines, conflictos, las noticias sobre las novedades legislativas y sobre la labor de los jurados mixtos. Sin embargo, fue también un órgano de opinión; la línea editorial estuvo dictada por el consejo editorial de *Euzkadi* y en concreto por el director de la página, aquel Julio de Jauregui que, aunque asesor solidario, fue también un destacado miembro de la citada Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana. Contra la línea editorial marcada por *Labor Social* empezaron a surgir duras críticas entre algunos sectores del sindicato que cuestionaban la excesiva moderación y el intento de orientar a los lectores solidarios silenciando, por ejemplo, los conflictos promovidos y apoyados por ELA. Por esta razón la central solidaria intentó acceder al control directo de la hoja, una tentativa que, sin embargo fracasó, dejando en claro el triunfo de la tradicional línea interclasista jeltkide²⁴.

La controversia acerca de *Labor Social* estuvo estrechamente ligada a la citada cuestión de la AVASC. No tenemos aquí espacio suficiente para abordar el conflicto interno del partido que ocasionó el surgimiento de dicha entidad en diciembre de 1931, una entidad que se definía social-cristiana y estaba interesada en la formación de los futuros *dirigentes sociales del país* para organizarse frente al *enemigo principal [...] uno sólo con dos nombres: socialismo y comunismo*²⁵. Inicialmente fue Elías de Gallastegui el principal crítico de la AVASC, que atacó la postura adoptada por algunos destacados dirigentes peneuvistas, entre los que estaba el propio José Antonio Aguirre, que apoyaron la nueva organización. Pero, pronto surgieron voces críticas incluso entre los solidarios que dejaron de colaborar en la organización de los cursillos sociales de la AVASC promoviendo su boicot en los pueblos. Dichos cursos fueron acusados de propagar una línea sindical que se contraponía a la solidaria y hasta de favorecer el sindicalismo católico que había sufrido un importante desgaste con la proclamación del nuevo régimen republicano. A pesar del intento por parte del PNV de favorecer la cooperación y el diálogo entre ELA y la AVASC, el sindicato, en febrero de 1934, comunicó al partido la voluntad de romper cualquier forma de avenencia con la

entidad social-cristiana y unos meses después, en junio, acordó lo siguiente:

Se acuerda, por aclamación, se comunique a la presidencia de la Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana la necesidad de su desaparición, por estimar que su actuación en el terreno social constituye un estado de verdadera confusión con relación a los principios básicos en los que está fundamentada Solidaridad, y producir actualmente verdaderos perjuicios a nuestro organismo. La prohibición de que todo solidario asista a ningún acto que organice dicha Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana, por las razones mencionadas²⁶.

Este último episodio es a nuestro entender muy importante en cuanto sancionó el triunfo de la línea solidaria y una clara demostración de la autonomía alcanzada por ELA. El PNV nada pudo hacer para recomponer la fractura entre STV y la AVASC, una fractura muy peligrosa en cuanto podía dañar las ya tensas relaciones entre partido y sindicato. En efecto, al lado de las críticas solidarias se sumaron también los reproches de algunos sectores jeltkides – los más ligados a los intereses burgueses y del capital vasco – hacia la deriva radical del sindicato. Muchos llegaron a evocar el espectro de un sindicato que marchaba hacia el socialismo. Sin embargo, el partido adoptó una postura mucho más cauta, interesado en no perder el importante apoyo de las bases solidarias. Por esta razón, por ejemplo, decidió abandonar progresivamente la AVASC corroborando la postura solidaria. En este sentido, entre finales de 1935 y 1936, es evidente un hondo cambio en las relaciones entre nacionalismo sindical y nacionalismo político. Así, en muchas cuestiones, el PNV tuvo que doblegarse a los intereses de ELA, algo en claro contraste con la imagen tradicional que se ha utilizado para fotografiar la relación partido-sindicato. Esto no hace sino reforzar nuestra tesis de la mayor autonomía alcanzada por el sindicato en esta coyuntura y de la imposibilidad de seguir aplicando al periodo republicano el análisis relativo a los primeros años de vida de la central solidaria.



- 1 Cfr. L. Mees, *Entre nación y clase. El nacionalismo vasco y su base social en perspectiva comparativa*, Bilbao: Fundación Sabino Arana, 1991 y *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*, Bilbao: Fundación Sabino Arana, 1992.
- 2 Cfr. Sabino Arana, «Las pasadas elecciones», *Baserritarra* 30-V-1897.
- 3 Recordamos entre otras obras de M. Otaegui, «Organización obrera y nacionalismo: Solidaridad de Obreros Vascos (1911-1923)», *Estudios de Historia Social*, 18-19 (1981), pp.7-83, A. Elorza, *Ideologías del nacionalismo vasco. 1876-1937*, San Sebastián: Haranburu, 1978, e I. Olábarri, *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936)*, Durango: Leopoldo Zugaza, 1978.
- 4 Robles Aránguiz ha afirmado posteriormente que el grupo originario de socios fundadores, cerca de una veintena de personas, empezó a elaborar los estatutos a partir de 1909. Cfr. E. Ibarzábal, *50 años de nacionalismo vasco 1928-1978 (a través de sus protagonistas)*, San Sebastián: Ediciones Vascas, 1978, p.57.
- 5 Y si aun del partido nacionalista se recela, y se teme que haya en su seno diferencias entre burgueses y proletarios, entre capitalistas y obreros, ¿por qué los obreros euskerianos no se asocian entre sí, separándose completamente de los maketos y excluyéndolos en absoluto, para combatir contra esa despótica opresión burguesa, de que tan justamente se quejan?, Sabino Arana Goiri, «Las pasadas elecciones (conclusión)», *Baserritarra* 30-V-1897.
- 6 Este último grupo social, junto al de los pescadores tradicionales, los tostartekos, fue objeto de un intenso proceso de mitización convirtiéndose en prototipo de lo vasco, en depositario de las esencias raciales, políticas, económicas, sociales y culturales, en otras palabras de la tradición nacional vasca.
- 7 Se entra de esta manera en la tercera y última fase del proceso de nacionalización llevado a cabo por los nacionalismos sin Estado propuesto por Miroslav Hroch. Cfr. M. Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985.
- 8 Esta tarea parecía facilitada, en opinión de los promotores de SOV, por el desgaste que vivieron en estos años los sindicatos católicos, cuyo espacio político-sindical intentó ocupar la nueva entidad sindical nacionalista.
- 9 Sobre la definición de las organizaciones nacionalistas colaterales como *vehículos de socialización* de una cultura política y de un bagaje doctrinario compartido véase los estudios de José Luis de la Granja Sainz y en particular el volumen *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Tecnos, Madrid 1995.
- 10 Cfr. L. Mees, *Nacionalismo vasco...cit.*, pp.169-174.
- 11 El PNV, por aquel entonces ya había cambiado su denominación por la de *Comunión Nacionalista Vasca*, llegó casi a sancionar formalmente la definitiva afirmación en el seno de la cúpula directiva del partido del sector moderado y filo-burgués ligado a Ramón de la Sota y al grupo de los ex-euskalerriacos. El sector radical en minoría, que controlaba la JV de Bilbao, en 1921 protagonizó la escisión del PNV-aberriano.
- 12 Sobre la larga fase de la dictadura véase S. de Pablo, L. Mees, J. A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, I: 1895-1936, Barcelona: Crítica, 1999.
- 13 Cfr. D. Ansel, «Del Congreso de Vitoria a la evolución sindicalista de Solidaridad de Trabajadores Vascos. 1933-1936», *Sancho el Sabio*, 31 (2009), pp.81-116.
- 14 En este sentido determinante ha sido la posibilidad de consultar los pocos números que se han conservado de *Lan Deya*, periódico solidario que reemplazó a *El Obrero Vasco* y cuya línea editorial muestra la radicalización del lenguaje sindical poco apreciable en *Euzkadi*.
- 15 Esta norma, que se remontaba al propio Arana, establecía que para demostrar la pertenencia étnica vasca era necesario poseer al menos dos de los cuatro apellidos de origen vasco.
- 16 *El Día*, 13-VII-1934 y *El Día*, 1-VIII-1934.
- 17 Pelayo Azcona, «Agur, langilles», *El Día*, 1-VIII-1934.
- 18 Se trata de lo que el historiador José Tápiiz ha indicado como afiliación indirecta, muy frecuente durante los años treinta. Cfr. J. M^a. Tápiiz, «Locales del partido y transmisión ideológica: el caso de los Batzokis del PNV durante la II República», *Vasconia*, 27 (1998), pp.214-215 además del estudio *El PNV durante la II República (Organización interna, implantación territorial y bases sociales)*, Bilbao: Fundación Sabino Arana, 2001.
- 19 Confrontando los datos relativos al número de afiliados en la ATV de Irún y en el batzoki local hemos podido comprobar que con seguridad más de la mitad de los militantes solidarios no se encontraban contemporáneamente inscriptos al batzoki. Cfr. «Nuestras encuestas. Estado religioso de Irún», *Idearium*, 11 (1935).
- 20 Sobre la historia de ANV véase J. L. de la Granja Sainz, *Nacionalismo y II República en el País Vasco. Estatutos de autonomía, partidos y elecciones. Historia de Acción Nacionalista Vasca: 1930-1936*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986.
- 21 Es significativo, por ejemplo, que en 1934 el presidente de la federación guipuzcoana, Rafael Gómez Jauregui, fuera un miembro de ANV.
- 22 «Es una creencia muy extendida la de que Solidaridad es una organización muy afín del Partido Nacionalista Vasco. Esa afinidad podría ser la que crea el apego común a nuestra tierra. Pero en tal sentido, tan cerca como del Partido estaríamos de Acción Nacionalista y de todas las otras agrupaciones políticas que tienen características semejantes. Entre nuestros afiliados los hay de todos los partidos». Cfr. *El Día*, 18-XII-1931.
- 23 Su candidatura respondió a la necesidad de guiar el ojo a aquellos sectores solidarios más radicalizados y atraídos por el mensaje frentepopulista. La campaña electoral de febrero de 1936 representó un momento de cambio en la estrategia del PNV con respecto a la cuestión obrera que pasó a representar un tema central en la propaganda electoral del partido. El peligro de perder el apoyo electoral de una parte de las bases solidarias en favor del Frente Popular muestra hasta que punto había avanzado el proceso de radicalización en ELA.
- 24 Cfr. «A modo de encuesta», *Euzkadi*, 1-IX-1934.
- 25 En este sentido, se encontraba en sintonía con el sindicalismo católico, más bien que con el solidario, en cuanto abogaba por un sistema social y sindical tradicional, tiznado de amarillismo, en el que la salvaguardia de la paz social era consustancial al respecto de las diferencias de clase y, por ende, al derrocamiento del socialismo anticristiano. Cfr. la valiosa documentación conservada en el legajo citado «BBB. Presidencia. 'Asunto AVASC'. 1932-1934», y los folletos «Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana: fines y objetivos», Bilbao 1932; «La labor de AVASC. 1932-1934. Tirada aparte de la revista Idearium (julio-agosto 1934)», 1934; J. de Azpiazu, *Tres años de actuación social de AVASC. Sus planes para el futuro*, Bilbao, 1935. Para la ideología de AVASC véanse la revista *Círculos de Estudios Sociales*, editada por la Universidad Social Obrera Vasca (USOV).
- 26 Véase la carta enviada al BBB por la Federación Vizcaína de STV el 4 de julio de 1934 en «BBB. Presidencia. 'Asunto AVASC'. 1932-1934», Archivo del Nacionalismo Vasco, Fondo PNV, Reg. B., Caja 219, c.11.



Handwritten signature or mark, possibly reading "L. S. W."